y sepultada detrás de ellos. La Gran Calzada se compone de muchos centenares de miles de columnas, y para acercarse á ella, en la parte sur, se pasa por la Puerta del Gigante, que parece una serie de escalones. A decir verdad, todos los objetos que hay en la inmediacion de lo que se llama propiamente la Calzada se relacionan con los gigantes: aquí se ve el Organo del Gigante sobre una columnata de magníficos pilares de ciento veinte piés de altura, muy semejantes á los cañones de un órgano; despues se llega al Púlpito del Gigante, á la Alameda del Gigante, que segun Kohl, «es el anfiteatro más hermoso del mundo.» Este elogio es bien merecido, porque al ver esta obra natural, casi se podria creer que es un producto del arte. En todos los puntos de este singular distrito las rocas presentan extrañas configuraciones que ofrecen semejanzas con objetos artificiales: así, por ejemplo, cerca de Port na Spania hay un notable grupo de tres pilares que, situado en una roca aislada, elévase á una considerable altura, alcanzando el más elevado la de cuarenta y cinco piés. Este grupo es conocido con el nombre de «Puntas de Chimenea», y asegúrase que en la oscuridad de la noche uno de los buques de la armada, tomándolas por las chimeneas del castillo de Dunluce, las disparó varios cañonazos. Si el tiempo lo permite y se quiere ver bien todo esto, lo mejor es bordear la costa en un bote y trepar por las rocas. Este paseo en la direccion este, desde la Calzada, conduce al viajero á Pleaskin, donde los magníficos promontorios presentan un conjunto tan grandioso, que pronto se olvida la Calzada. El más notable es el de Pleaskin, que distinguiéndose por la variedad de sus estratificaciones, alcanza una altura de cerca de cuatrocientos piés hasta su cima, coronada de plantas de diversos matices.

Si se avanza más hácia el este á lo largo de la costa, pasando por delante de las ruinas del castillo de Dunseverick, asentado en la cima de una enorme roca basáltica que se proyecta aisladamente de un promontorio, se llegará á Carrik-a-Rede, «Carrig-a-Ramaath», la «Roca del Camino», inmensa y escabrosa mole de basalto, de contornos sumamente irregulares, que se eleva á ochenta piés sobre el mar. Un abismo de sesenta piés de profundidad la aisla de la orilla del continente, donde es accesible por un puente de cuerdas: peligroso y vacilante paso es este para todo aquel que se aventura á franquearle; y sin embargo, los campesinos y pescadores le cruzan sin temor y sin sufrir percance alguno, durante la temporada en que se hace la pesca del salmon, pues en invierno le retiran.

A lo largo de toda esta costa, el mar se ha abierto camino entre las rocas, dejando á su paso profundas grietas que separan aquellas; una de las más extrañas es la que se ve al oeste de Fair Head, conocida con el nombre de «Paso del Salmon:» es un profundo abismo cuyo solo aspecto infunde espanto y horror, y que divide el promontorio por una cortadura de doscientos piés; por el lado de este abismo hay un paso que no deja de ser peligroso, por el cual podrá llegar á la base de la roca el que tenga valor para aventurarse en él. Uno de los macizos pilares de basalto que se rompieron á considerable altura del mar, en edades demasiado remotas para que lo recuerden la memoria ó la tradicion, cayó de través, y allí permanece, sostenido por tan frágil apoyo, que debe inspirar temor á todo el que lo mira, pues parece á punto de despeñarse; visto desde abajo, el conjunto se asemeja al enorme dintel de una puerta gigantesca.

A poca distancia de este sitio se verá el más grandioso de todos los promontorios de Autrim Benmore ó Fair Head, que en un punto alcanza la altura de seiscientos treinta y seis piés sobre el nivel del mar, del cual surge casi perpendicularmente. Este promontorio está formado por cierto número de colosales pilares de basalto, de figura casi semejante, y muchos de ellos aventajan en tamaño á los que se ven cerca de la Calzada; el más grande es un prisma cuadrangular de más de doscientos piés de longitud y treinta y seis en los lados. Es preciso situarse en la cima de uno de estos pilares para apreciar su inmensidad que helará de espanto á todo aquel que tenga valor para mirar hácia abajo en direccion al mar. De todos modos no debe dejarse de subir á este punto culminante, tanto más cuanto que el ascenso por la parte de tierra no es difícil, consistiendo en una suave pendiente que á través de ricos pastos conduce á una fértil meseta. Desde el mar, el aspecto es tambien magnífico, asemejándose los grupos de columnas desunidas á los restos de una ciudad ruinosa.

La bahía de Dublin figura entre las más hermosas bahías del mundo; á menudo se la compara con las de Nápoles y Navarino, y á decir verdad tiene muchos de los encantos de estas, por más que le falten los accesorios del clima y del cielo y el intenso color azul de sus aguas. Sin establecer comparaciones, cualquiera que cruce sus orillas desde el promontorio de Howth hasta Bray Head, ó las recorra al entrar en Irlanda ó al salir de este país, debe reconocer que su celebridad no es inmerecida. En su extremidad norte, una península baja se prolonga en el espacio de cerca de dos millas, hasta que se eleva gradualmente terminando en la colina de Howth, que alcanza una altura de quinientos sesenta y tres piés sobre el nivel del mar, en el cual se sumerge trazando graciosos contornos. Se compone esencialmente de cuarzo, que abunda mucho en este suelo y nutre escasamente las plantas que aquí predominan; miéntras que la parte mas baja de la colina, sobre todo á lo largo de su parte oriental, tiene tierra muy propia para el cultivo. El mayor encanto que ofrece, consiste en la variedad de los tintes de la vegetacion y en la abundancia de esta, que rodea las preciosas quintas diseminadas á lo largo de la base y en los lados. La ciudad, que ocupa un reducido espacio á lo largo de la parte occidental de la colina, no llamará seguramente la atencion del viajero, como no sea por las ruinas de la antigua abadía, situada en el centro, y que tanto tiene de iglesia como de castillo. Dedicada á la Santa Vírgen, data de 1235, y tiene algunas tumbas muy bien esculpidas. El castillo ocupa la parte norte de la colina, cerca de la ciudad, y fué edificado en el siglo XII por Sir Armony Tristram, antecesor de la noble familia de Howth, en cuya posesion ha estado constantemente desde entónces. En otras varias épocas se ensanchó el edificio, particularmente en el siglo XVI. Para llegar aquí debe franquearse una serie de escalones que conducen á un terrado, y despues á un patio que se extiende á lo largo de todo el edificio. La estructura es en su conjunto imponente, pues hay una larga serie de almenas flanqueada en cada extremidad por una torre cuadrada. Con el castillo se asocian no pocos recuerdos históricos. Gracia O'Malley, de quien ya hemos hablado, llegó aquí una vez para pedir hospitalidad al conde cuando desembarcó en Howth despues de su visita á la corte de Isabel, y habiéndosela negado, tomó una venganza singular, apoderándose del jóven heredero, el cual se llevó consigo, reteniéndole hasta que su padre prometió no cerrar nunca las puertas del castillo á la hora de comer.

No abandonaremos las costas de Irlanda sin visitar Kingstown y sus alrededores. La ciudad ha llegado á ser una de las más populares y ricas del reino, lo cual se debe atribuir principalmente á su hermoso puerto y su estacion. Toda la orilla sur de la bahía de Dublin es una sucesion de magníficos paisajes: Merrion, Booterstown, Blackrock, Dalkey, Killiney y Ballybrack, con sus preciosas quintas situadas junto al mar ó en la falda de las colinas, forman una extensa línea que termina en la ciudad de Bray.

Y hé aquí cómo despues de atravesar esa hermosa Irlanda, á la que los poetas llaman la Verde Erin, damos vista otra vez al condado de Wicklow, el punto de partida. Nuestro objeto no era visitar todas las localidades notables de la pintoresca isla, ni ménos trazar un itinerario; nos proponíamos elegir los principales puntos de vista, así naturales como artísticos, para ilustrar los diversos paisajes en su belleza ó escabrosidad; los terrenos ricos y los estériles; lo grandioso y lo desolado; las montañas y los valles; los lagos y las bahías; los deliciosos paisajes del interior y las salvajes costas bañadas por el Océano. Queríamos ver de cerca sus edificios religiosos, sus fortalezas ó castillos ruinosos; deseábamos dar á conocer algo de su geología, de su historia y de sus antigüedades. Satisfechos quedaremos si lo hemos conseguido, demostrando que Irlanda merece ocupar un puesto no poco importante en la EUROPA PINTORESCA.

LA COSTA SUR DE INGLATERRA

I

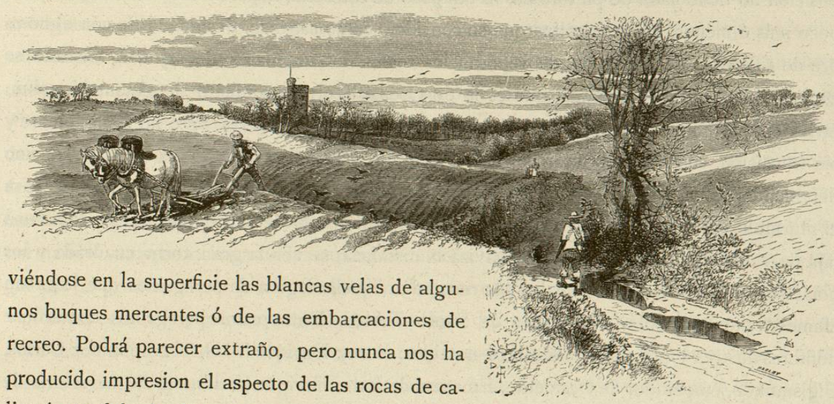
DESDE MARGATE A PORTSMOUTH

La costa sur de Inglaterra merece preferentemente la atencion de los turistas, no sólo por su conjunto pintoresco, sino porque comprende muchos sitios que ofrecen el mayor interés, así en cuanto á sus bellezas naturales como bajo el punto de vista histórico. Vamos, pues, á recorrerla en su mayor extension, primeramente desde Margate á Portsmouth, y luégo en el espacio comprendido desde este último punto á Lizard, con lo cual podremos formar una idea exacta de lo que es esa magnífica costa, tan rica en localidades que tienen los mayores atractivos para todos los viajeros, como lo indica el hecho de ser visitadas continuamente.

Margate sigue siendo lo que era hace muchos años: la *Porta Maris* ó *portus Salutis;* alcanzó ya desde un principio bastante popularidad, y ahora se considera como una de las localidades más divertidas de Inglaterra. Sin embargo, como «puerta del mar,» este puerto no podrá esperar nunca recobrar la gloria de aquellos tiempos en que el Duque de Marlborough eligió este lugar como punto de partida de sus grandes expediciones, aunque por las suaves y saludables brisas que allí se aspiran continuamente, así como por no existir allí insalubres pantanos, Margate se puede titular con justa razon el *portus salutis* en toda esta línea de costas.

Fuera de esto, si hemos de ser exactos, Margate ofrece muy pocos atractivos; de modo que los que van en busca de lo pintoresco, despues de ver la antigua iglesia normanda de San Juan y las reliquias que contiene, irán á recorrer los campos y observar los paisajes, que

por lo encantadores han hecho célebre esta parte de Kent. La ciudad está protegida por las colinas, que la rodean casi del todo; la antigua torre cuadrada de la iglesia, cuya espira es muy baja, apénas se eleva sobre un grupo de árboles, y más allá la línea de costas queda cortada por los tejados de las casas de Westgate; miéntras que á lo léjos, semejante á una isla surgiendo del mar, divísase Kent del Norte. Por la parte de tierra, extensos campos de trigo limitan el paisaje que la vista alcanza; y al este, el mar brilla iluminado por los rayos del sol,



San Pedro en Broadstairs

viéndose en la superficie las blancas velas de algunos buques mercantes ó de las embarcaciones de recreo. Podrá parecer extraño, pero nunca nos ha producido impresion el aspecto de las rocas de caliza á que debe Inglaterra su nombre de Albion. Su misma blancura destruye toda la venerable sublimidad de esas antiguas rocas de color gris que bordean los cabos de granito de Cornwall ó se elevan sobre los mares de Irlanda, y que tan maravilloso efecto producen. Esas rocas de caliza parecen siempre tan modernas y se redondean con tal regularidad, que apénas se puede creer sean las mismas que César contempló desde el límite de la Galia conquistada, creyendo ver otro mundo que podria cruzar con sus águilas victoriosas.

Aquel que ha visto representada esta costa en los cuadros y paisajes de los mejores artistas podrá perder algunas de sus ilusiones si la recorre de dia; mas si lo hace cuando las primeras sombras del crepúsculo se extienden sobre todos los objetos, ó cuando la mística luz de la luna se refleja en la cima de las rocas ó en las aguas del mar, experimentará seguramente una impresion profunda ante el mágico conjunto que se ofrece á su vista.

En el Foreland del norte, el *Cantium* de Tolomeo, es probable que alguna luz haya servido de faro á los marineros desde la época de los romanos: la construccion de ahora data del siglo XVII, pero se ha modernizado mucho despues. A corta distancia de este punto se trabó en junio de 1666 el memorable combate naval de cuatro dias entre la escuadra inglesa, á las órdenes de Abercrombie, y los holandeses mandados por De Ruyter y De Witt.

Si nos internamos un poco en tierra, cruzando extensos campos de trigo, pronto veremos destacarse en medio de este cuadro de abundancia la antigua torre de San Pedro Broadstairs, cuya elevada cima se ve desde varias millas de distancia tanto por mar como por tierra; es digna sucesora, y probablemente más útil para los pilotos y pescadores, que aquella capilla